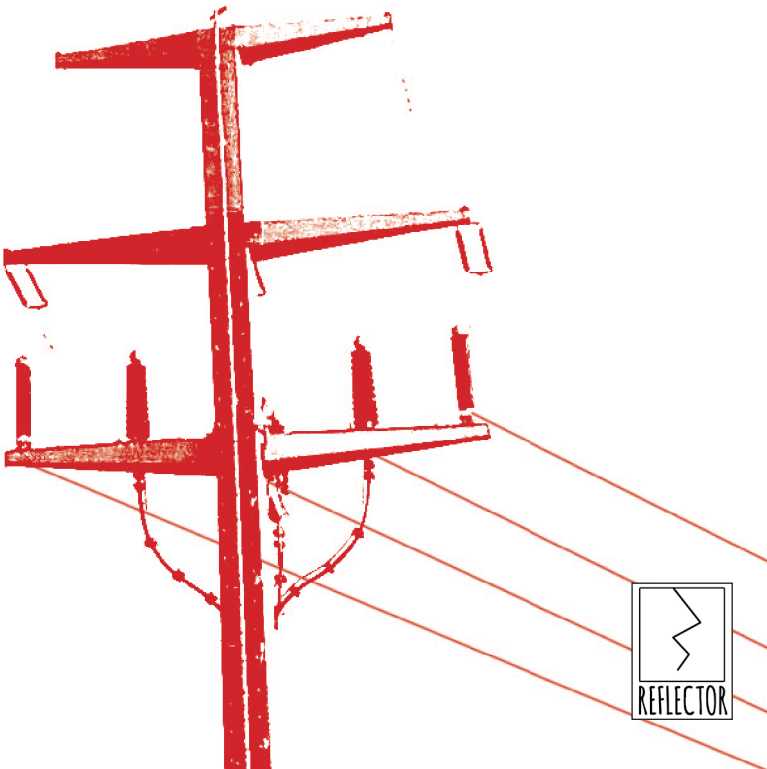
Calendarios

David San Martín



REFLECTOR

CALENDARIOS

.....

David San Martín

REFLECTOR

CALENDARIOS
© David San Martín
Primera edición: julio, 2016
Edita: Reflector Libros
librosreflector.blogspot.com.es

Diseño, ilustraciones y maquetación:
David San Martín

Editado bajo licencia Creative Commons 3.0
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas.

Imprime: www.printhaus.es

Índice

1998-1999 5
Autostop 17
Cursos del paro 44
Madrid perdida para siempre 65
Gotemburgo 84
Después de Gotemburgo 113
Sindicato 129

1998-1999

I

Florecen como canciones de primavera,
tras las lluvias,
mil pétalos,
mil manifestaciones.
No a,
a favor de,
contra,
rechazamos,
por.
Me pregunto, amargado,
reaccionario, burgués al ciento,
hasta qué punto
llenamos nuestros huecos
de pancarta en pancarta.

II

Abrió la mano
y media docena de semillas
surcaron las calles de Madrid.
Una sonrisa resignada
y una arruga longitudinal
se cruzaron en su rostro,
diviendo la frente.
Pulso infalible,
puntual, en la sien.
Razones para derribar más muros.
Permanecer enraizada.

III

Constatar de nuevo la imposibilidad de la omnipresencia, maldiciendo el diseño castrado en el que fuimos forjadas.

Mil lugares, un infinito de emociones, un solo cuerpo, una sola trayectoria.

Abofetearíamos las noches, crucificaríamos el amanecer.

En veinticuatro horas habrían de caber cuarenta y ocho vidas.

IV

Tú, que buscas algo más.
Tú, que te pierdes en tu náusea.
¿No lo sabes aún?
Nos habita la soledad;
así que tiende hacia mí tu mano.

V

¡Quisimos ser tan fuertes, amar tanto la sangre!

Morimos en dulzor de canción infantil.
¡Quisimos arrasar todo a nuestro paso!
Y lo hicimos, furiosos,
con tanta cólera y palabras congestionadas,
implosión;
tan lejos llegó la rabia
que nuestro interior florecía
sin poder evitarlo.

VI

En los andenes del metro
la guerra.
Las bandas enfrentadas,
la armadura del vacío.
En las ciudades,
en su subsuelo,
también nos desnuda el tiempo.

VII

Dios
no concibo sonido más triste
que el comunicar de un teléfono
en un contestador.

VIII

¿Cómo se atreven
los niños
a crecer y reir mientras corren
por las calles?
No podemos sino temblar,
aterrorizados.

IX

Puertas de chapa pintada,
azul descascarillado,
ornando el final de los pasos.
Lunas en las manos,
estrellas en el envés de los ojos.
Vacíos siderales muy adentro.
Y la senda,
más allá de la vieja puerta,
azul y óxido,
se pierde lejos
de los muros del jardín.

X

Cae el sol,
se derrama como miel en polvo,
aguijoneando a los hombres,
bullendo las ideas,

los labios tersos y secos,
de deseo,
calor,
una palabra.
Paseo de la Castellana
arriba
abajo.
La frescura de los álamos,
cubre las sonrisas,
acaricia las caricias.
El verano siempre es nuestro.

XI

Liberar al punto de ebullición
los mil túes que te forman
—máquina de vientos entrecortados,
autopista, mar, río golpeando puentes—.
Plasmar señales equívocas,
ideas tan raudas que no ha lugar a huesos,

premoniciones blandas,
la gilipollez de nuestros días.
Maniobras suicidas, intermitentes aullando,
excusas de metal,
insectos de engreído exoesqueleto,
aleación aparente.
Bestias, rugen,
somos testigos.
Y yo no te puedo amar como quisiera,
sin caparazón,
y tú aferras el hierro candente,
quemándote la mano con el corazón.

XII

Darás tu vida,
tus labios,
las nubes,
atardeceres violáceos
de las bóvedas de Madrid.

Cada día,
al despertar a su lado,
de tripas corazón,
la farsa de un cariño afilado,
las sonrisas en el roce cálido,
vapor de roca y yedra.
Serás su útero,
y defensa.
Engañarás así
al azogue que acusa tu soledad.

XIII

Hombres epíteto, sólo sirven como gratuita actualización del empleo que los emplea.

XIV

Noches de fin de semana
sobre dos ruedas, la escapada.
Refugiados en el río de luz,
rumbo a cualquier esperanza,
con el demonio del lunes
acosándoles, inadvertido,
a lo largo de la A2.

XV

En realidad, conozco las razones
de esta espera vana,
antes absurda.
Acaso justificada
en las esquinas de esta noche.
Sé que cruzarás esta calle,
arrebatando su esencia
—¡los miedos!—

a la madrugada.
Sonriendo,
desafiarás mi aspecto;
hablándome me habrás poseido
para siempre.

AUTOSTOP

Julio-septiembre 1999

Diámetro

De la misma manera
casual
que brotan los rumbos del verano
—a dedo de Marsella a Dieppe—.
Escupo ideas
me afirmo
me arrugo y endurezco
sabiendo del augurio gris
que pende en este puerto sobre
el canal de La Mancha.
Sobre el filo de mi tiempo
el precio de saber,
y de esa otra tontería
que gusto de llamar
creación al borde
del compromiso.
Al final de esta madeja
sé cuál es el lugar correcto,
pero no si estoy allí.

El viento se me lleva
sin esfuerzo apenas.

Olor a septiembre

–Jamás pensé que fueras capaz de hacerme esto.
–Qué estupidez, era solo cuestión de tiempo.

(No hay nada
peor que la rutina)

Sobre los malentendidos

El lenguaje limita, los conceptos se ahogan en los límites de las palabras. La coordinación idea-definición-exteriorización a través del lenguaje no basta para expresarse. El habla es algo imperfecto y a menudo solo embrollamos

los conceptos en los que encajonamos la realidad, conformando una subrealidad confusa, a su vez dentro de otra subrealidad «humanizada», es decir, desvirtuada.

«Te di palabras, como un cactus terso,
redondel,
pletórico de púas».

Nudos I

Llega a agobiar
—es muy aburrida la constatación
de esta rutina—
el efecto detructivo de las palabras.
Fascinante al fin.
Aunque no obtenga resultados
mesurables
cuantificables
acuchillaré el aire

siempre
con sílabas huecas
e improvisadas.
A algunas personas
no se les debería haber dado
el habla.
No saben usarla,
o no la merecemos
o estamos fuera
irremediablemente
de lo consensuado.

Ahora

A miles de millas del adiós
y de los lugares
que habitualmente nos acogen

a cada una.
Ahora que apenas
tengo asideros
para evitar deslizarme
fuera de tu memoria
tersa de bruma en el recuerdo.
Ahora que sólo el frío
de Inverness me susurra
ciertas páginas supuestas de tu vida.
Ahora
en la distancia,
me esfuerzo contra el reloj
por encontrarte una burbuja cálida
en la fosa gélida de mi alma
y dejarte allí, segura,
cuidada,
y en todo momento
con un billete de segunda hacia tus ojos.

Estrategia de lo banal

El secreto para aparentar ser
profundo, atractivo
y demás milongas de fin de siglo
sobre la virilidad moderna:
abrir una ventana
—si no es en la noche no suele funcionar—
a una melancolía inexplicable
imparable definitiva.
Ser noche de piel adentro.
Es una tremenda estupidez
pero suele bastar
para conseguir un puto polvo.

Política sentimental

Supuestamente que ahora habrías de desaparecer de mi vida, que yo debería haber asimilado que finalmente acabará siendo así (porque lo

deseasteis, no yo). Una vez más, me negaré. Si es este mi mejor intento para levantar la roca que me corresponde, que así sea. Toda otra cosa me parece pretenciosa o loca. Y bastante pretensión y locura afirmarme en el corazón de los años con la semilla de un verano. Sin embargo, en mí crecen árboles semejantes, y no hallo razón para no disponer yo mismo de simiente adecuada. Por ello, te escribiré, y cruzaré este pequeño mundo tantas veces como sea necesario.

N. (I)

La incomprensión.
El aceite del Sur
expandido cálido y denso
sobre la quietud fría
y melancólica
ojos verdeazules,

inolvidables, clavos
en mi pecho
que se adentran
hasta mi agenda.

París (N. II)

Y aquí estoy
estaba
estaré
en un hotel barato
de un París grisáceo
de otoño adelantado
y olor a libro.
Follando con una niña
a la que no siento querer
y que vino del frío.
En el aire-cine de este cuarto
flotan densas y gélidas
las curvas

incómodas de interrogantes
dañinos.
Debería hacer calor
aquí
y ya no sé como inventarme
a cada segundo para ella.

N. (III)

(Cuando te sientes bien al lado de alguien pero no puedes reconocerlo)

No podría explicarse
pero a veces
en la esquina más olvidada
de la jornada
(que suelen ser la mayoría)
te asalta:
tiemblas
frío calor

el estómago se ha encogido
nerviosa la sonrisa.
Todo es casi perfecto
y sabes dónde está el eje.

En attendant (N. IV)

Hacer tiempo
en tantas otras ocasiones
fue una docena de alfilerazos.
Pero el tiempo ha muerto,
durante largas horas
no ha osado manifestarse;
imbuido del miedo de alterar
tu mirada,
se ha sumido en una timidez
caótica.

Se ha esperado
durante largo tiempo
un bus
que no ha terminado de llegar hoy.
En el bulevar Voltaire
tus ojos
—de lago invernal—
y caricias,
presagiando
tus sonrisas.

Señales (N. V)

Sin ti,
París vacía.
Esta ciudad
ha perdido
hasta su mito.

Vide (N. VI)

Reiteradamente.
Encarnado en cuerpo de mujer
el verano
la constatación de lo finito
temporal, pasajero.
De nuevo.
Volveré a disfrazar los absurdos
de esta vida
mi vida
y los guardaré bajo llave
en el cofre verdeazul de tus ojos.

Aire en tu noche

A pesar de tus miedos
y de que con esto
me dibujas una puerta de salida
con ceras de color infantil,

iré luego hasta tu cama,
en silencio,
sin encender la luz,
sin tocarte,
ni estar casi en tu sueño.
Hasta tu almohada
e inclinado sobre ti
apenas te acariciaré con mi aliento
y te miraré y besaré
con los ojos
hasta que me venza el sueño
o me rompan tus rechazos.
A la mañana siguiente,
me haré uno con la pared,
y no sabrás
la razón de despertar tan satisfecha
y no sabrás que dormiste sobre un colchón
de susurros.

Mitos de vidrio

Bañado de terror;
las masas lamiendo
el coño de la torre Eiffel;
absorbido por un bulto informe
y multicolor
encuadramiento de la gente
bajo el concepto estructural
conocido por turismo.
Una bóveda tremendista
chupando las esencias espectaculares
de gentes deformadas
orgullosas de estrujar una existencias,
las suyas,
deviniendo cifras y
falso discurrir del tiempo.
La ciudad desnuda lo que era
y obscena muestra turbadora y bestial
su ausencia de útero
afilada su vagina dentata

pasándose por la piedra a las personas
ajenas de sí mismas.
París se desfila por el forro
de los cojones
—allí bajo las titánicas piernas
(un cuadro del Bosco)
de la torre Eiffel—
a decenas de miles de personas cada día.

En la capital de tanto supuesto valor
todo tiene su justo valor para el mercado.

Grafiti

Se aferraba,
uñas y dientes
sobre una pared sucia
de un pueblecito francés:
«*Soyons realistes,*
exigeons l'impossible!!».

...
Es cierto.
Pudiera ser que,
efectivamente,
el corazón de nuestra época
está
en el corazón de cada día.
Y por supuesto
en los nuestros.

Viajar

Acuñada hace tiempo la idea
(la prisión, lo humano al fin)
recaigo en las plumas
que son lluvia,
que son tierra fugaz,
de los viajes grises.
Así todo es más fácil,
como el día

que se huye
y que duele
y se duele
por estas noches
que bien valen toda una vida,
que bien cortan el alma
con lo afilado
de su belleza,
de sus adentros.

Nudos (II)

Abrir las palabras
profanar conceptos
torcer frases que no cesan
—como mares,
frases como mares—
aventadas por días pasajeros
y posturas afectadas
de tanta seguridad

que gotean terror.
Hablar, dejar libres ciertos miedos
que sólo son intuidos.
Hablar, dejar espacios
de certera clarividencia
en el aire que amenazan
con hacernos sonreir
como niños.

A pesar de todo,
todo pasa,
y es siempre la misma roca,
siempre el agua del mismo río

...no dejo aún de asombrarme.

Ubicaciones

Espero, deseo, que a pesar de los fogonazos momentáneos que salpican mis días acerca del saber (lo correcto, mi lugar, mi tiempo, lo menos correcto), jamás olvide que nada es cierto salvo dentro. Y dentro soy yo y lo de afuera aplasta todo yo, por tanto —la razón y la luz no encuentran su espacio, que prometido, que ilusorio— siempre me burlaré de mí, en tanto esté afuera.

Red

Saltando
en los hilos
que atraviesan esta
vieja
y ciega
Europa.

Salto de ciudad
en ciudad
en pueblo
en prado
en costa
acantilado puerto
monte
y otros castillos.
Me cargo las pilas
para un nuevo año
dedicado a
limpiar mi conciencia.
Culpable de ser
consciente
de mi inutilidad.
Insuficiencia de ser,
mal de fin de milenio, de siglo,
de cada minuto en fin.
Arrastro todo esto
por la vieja y ciega
Europa.

Laboratorio

La gente no es esa
que veíamos en la pizarra.
Es invento
producto inmediato
superficial
de contextos inmediatos
...y superficiales.

Callos

Me invade la certeza
de manera alegre
imparable y desesperada.
Continuaré lanzando
gritos
—cartas—
al vacío
—a todos a quienes

dejé que me dieran la patada—
solo por molestar,
por seros.

La fragilidad

Jamás
—soy consciente del número de veces
que me atraviesa esta palabra terrible,
peligrosísima—
alcanzaré a comprender
en realidad este juego
doloroso
humano y banal
del gato y el ratón.
Persigo lo inalcanzable
una vez lo he rozado
y desdeñado,
mientras el viento,
o el agua,

o la tierra que me rodea
y me asume a diario,
se esfuerza
hasta avergonzarme
por permanecer
incrustada en mi piel.
Más tarde anhelaré
de nuevo el contacto
con los elementos,
casi suplicante.

Incomprensible...
¡En absoluto!

Vacaciones

Totalmente fuera de lo que soy
(aquello aparente que altera horizontes).
Y rodeado de gente bastante ajena.
.....

Hoy tenemos un cielo
que es un espejo benévolo.

Jazz

A lo largo de los años
se definen
las orillas,
el agua de mi vida
lame la flora
constante, mutable
e impredecible de lo contextual;
aun así,
el escalofrío
—jazz cálido en cualquier noche de la
Tierra—
sella un sobre
abrigando secretos.
Sé qué música me acompañará hasta morir.

Café

Crece la preocupación:
esta simbiosis del café
con los escasos momentos reales
palpables y efímeros
que salpican a veces la vida.
Una sensación cortante
entre la alegría distorsionada
y la desesperanza absoluta,
la sensación definitiva
de ser,
girando sobre el mármol
negro y líquido
de una taza humeante.

Esquinas de la soledad

Más veneno sobre
ese molesto fantasma

que osan llamar amistad:
el miedo,
la furia,
y la lágrima impotente
ante el tiempo huido,
fluyente,
jamás deberían suscitar
palabras de burla.

Qué ceguera, diosss...

Punto de inflexión.
Me planteo hacerlo,
dar el portazo
a súplicas y niñerías
y ofrecerme del todo
a ciegas
a tus caricias
y tus ruiditos tan dulces.

Cursos del paro

Otoño 2008

I

Cortina de vergüenza,
respeto y temor a sobrar,
carencia de armadura
frente al rechazo.

Incapacidad de afrontar miradas
con tácticas marciales
defensa y contraataque,
donde una palabra es finta
o estocada;
una mirada, red de gladiador,
escudo de legionario.

Formación de combate
en el ejército emboscado de tu cuerpo,
centurias en los dedos
que acarician el aire
por el que navega la conversación.
Una avanzadilla en tu pecho

inclinado,
una retaguardia en tus caderas
agitadas.

El choque de deseos
certezas e indiferencias,
anhelos
y frases sin salida,
rápidas ojeadas de exploración,
señuelos que lanzan un flecha atrevida,
parpadeo a la espera del éxito
en la emboscada de una mirada,
deseando caer,
dulce y en temblor
de agitada respiración,
en la celada de fresa y agua
que tu boca dibuja.

II

Si hasta el roce de los cuerpos
es mecánico y agresivo;
si hasta el saludo se desdobla,
bifurca, enraíza
en engañosas visiones
de la violencia y los miedos
que amurallan el sexo;
si hasta la mirada es
líquida y temerosa,
una criatura frágil, de cristal,
aún por crecer;
si hasta el ser describe forzadas parábolas
para esconderse dentro de sí,
ocultarse en las esquinas del aire.
Si esto ocurre a diario
en todo momento
y conforma el humus de la vida
en una ciudad común
que deja de serlo…

Si todo esto…

Sólo resta la puerta abierta,
el camino de huida
—de intento de recuperarnos—
que vocalice sin sonido alguno
las siluetas prendidas
en tiernas madrugadas,
cálidas y simbióticas,
futuros abrazos
y despertares acompañados.
Luna de siluetas enlazadas
que esculpan bosques
con abandono feliz
y sensual.

III

Has interceptado decenas de miradas
que he dirigido temblorosas

a tus hombros
a tu escote,
tus caderas,
tus suaves pies atrapados
lujuriosamente
en las enredaderas de tu sandalias.
Dispuesta amazona para una guerra
de baja intensidad y
volcada en una firme defensa,
—sólo aparente—,
jamás he podido embriagarme
en el placer
que pueda provocar una mirada tuya
en fuga por mi patético caparazón.

IV

Es al entrar
que irrumpes en mi respiración
y al desplazar la tarde

con el tsunami de tu presencia,
que anega la sala,
no puedo evitar trazar historias,
vías paralelas,
venas que bifurcan posibilidades
encrucijadas de palabras
de roces primero, caricias después,
de diferentes y tersos primeros besos.

Es cuando abres la puerta
y tu piel de espejo
da color a las horas pesadas
en las que la tarde nace.

Es cuando tu saludo
parece anunciar
conversaciones
en la primera pincelada
de la noche,
paseos casi infantiles,
júbilo de sangre y embriagado pecho

a la espera de besos ya en esbozo;
parece sugerir una puerta y una llave
de luz y cabellos oscuros,
parece dibujar manos sobre espaldas,
coreografías de perfiles húmedos,
balanceos de una luna llena
que cubre de sudor la madrugada;
parece prometer un despertar sin soledad,
dos cuerpos envueltos en espuma de olas
que sumergen el mundo
en ecos de bosque cerrado
bajo una tibia lluvia estival.

V

Dime «sí» con los ojos,
con un leve movimiento de mano,
con una suave inclinación de cabeza,
con el metalenguaje de tus pasos
y cimbreos.

...
Dime «sí» en el espacio infinito
del ascensor.

VI

Bendito regalo del día
bajo el sol
la suave,
dorada carne de mujer
reflejando el pulso de la ciudad

...bajo el sol
leyendo casual en un banco
curvada piel sensual

...bajo el sol.

Bendito regalo del día.

VII

Dulce plenitud del rechazo
entre sesiones de economía
y números que acotan y someten
la vida,
tu leve caricia de negación
es fuente del fluir de mi sangre,
tiempo interno para encontrarme,
palabras de aliento
dirigidas al aire agotado de Madrid.

Aún en la negación
gracias
gracias
gracias mil.

VIII

Es pesado el no
como un sueño denso
un sopor que filtra
el ritmo de las horas,
el tempo de la respiración
la longitud de las calles
y la textura de las aceras.
El cuerpo deviene árbol de plomo
la luz es una niebla confusa
que se obstina en tejer
una espesa malla
que viste el curso del día.

IX

No lanzaré más guijarros
y con ello comprobar
la certeza de las notas

que en el agua se expanden
hasta orillas intuidas.
No descansaré más la vista
en ti
ni recorreré con yemas invisibles
el fluir de tu espalda, nuca, cabellos...
No volveré a ser capturado
en ese momento.

Ya he bajado la guardia
y recibido gozoso la estocada certera.

X

Dios
qué infantil alegría
capaz de prevalecer sobre el asfalto,
la de este latigazo de seda
sobre el precario equilibrio bioquímico
que nos conforma.

XI

Verte marchar,
amable despedida mediante
extiende un paisaje desolado y polar;
amable, sí,
pero frío.

Verte desaparecer…
ser tragada
por el alquitrán condecorado de semáforos
que grita con cacofónica voz de urbe.

Te diluyes en la acera erizada de paraguas
y señales de ceda el paso,
conversaciones deshilachadas,
papeleras, miradas tensas
y carreras infantiles a la salida de la escuela.

Te desnudas de mí
y te vistes de ciudad

y te hundes en el gris
y ya no estás,
pero vibras,
lates
en el espacio que acabas de abandonar,
aún eres eco de un adiós,
reverberas todavía en los cristales
de la avenida.

Y yo,
sólo permanezco
a la espera
de la soledad
en el tumulto.

XII

Perdido el mapa del tesoro
—tus labios—
horado febrilmente los senderos

que conducen al valle cerrado de tu pubis.

Allí, espero me recibas,
sinuosa y vestida de nube y tormenta,
dispuesta a empapar la playa de mi pecho
con el monzón de tu saliva,
con el oleaje secreto y fragoroso
que se oculta en tu lengua.

Abismarme en tus grietas,
despeñarme en tus simas,
fluir tan desvalido,
fetal y dulce,
en tus arroyos lunares.

Hallar luz en tus grutas cerradas al tiempo.

Descubrir que el espacio
entre la noche y el día
es una senda arcana y susurrada
que atraviesa tu cuerpo.

XIII

Y con siquiera rozarte el cabello, pasar a tu lado y aspirar el halo tibio que surge del hueco entre tu hombro y tu cuello... Si toda aproximación, todo gesto de cierto calor se interpreta desde la duda, la desconfianza o el mero temor...

XIV

En un banco de madera estival no hay salidas falsas ni pretextos, trucos, disfraces. No puedes beber el café que en realidad no necesitas, ni descifrar el mensaje banal de carteles que no te interesan, ni escuchar retazos de conversación que no oyes.

Entre los dos, sólo el aire y sus arquitecturas serán obras desnudas de artificio, erigidas por nuestras manos y labios y miradas... todas sin escapatoria, todas obligadas al gozo del salto.

XVI

Entre el ruido,
el humo,
los efluvios del alcohol,
los egos desatados,
intenté buscarte
con la mirada
y las palabras,
hallarte
en el silencioso espacio del vernos;

sólo conseguí manotear
torpe

en el ruido,
el humo,
los efluvios del alcohol,
los egos desatados.

XVII

Nunca hubo una caricia secreta
nunca me sumergí gozoso en tus ojos
ni llegué a arroparme en tu piel
abrigarme en tu carne
vestirme de tu voz.

Nunca unimos discursos
en labios de niebla abrazados
ni concretamos geografías comunes
en cuerpos siempre listos
para nuevos descubrimientos.

Nunca fuimos uno
ni erramos perdidos
plenos
felices
en el lecho de plata calma
de noches de estío.

... nunca mis poros
exudaron tu sudor

... nunca tus dedos fueron palabras
invisibles en mi espalda

... nunca un poema fue
puente entre alientos engarzados
a la maquinaria y engranajes
de cuerpos cóncavos de plenitud.

XVIII

Te irás
tu perfil se desvanecerá
una vez más
cíclicamente
para siempre también.
Una partida circular.

La oscura urdimbre de tus cabellos
será el telón final
de tus ires y venires en las tardes.

Allá parten, para siempre y otra vez
curvas en las que jamás hallaré
cielos y olas rompientes,
trazados esquivos que sólo pude intuir
escuchar
—sinfonía murmurada de pequeñas
ternuras—
en sobremesas obtusas de julio;
que sólo vislumbré bajo la lluvia de
noviembre.

Allá se confunden en la lejanía
las espirales de tu voz
gotas de puro cristal,
fugitivas del fresco arroyo de tu risa.

Inexorables,

de nuevo para siempre,
cíclicos,
los pasos te alejan
del ruido y el frío que me guardan
y te visten de tus propios momentos,
eternos desconocidos de estas manos
que tiemblan ahora.

La senda que te aleja
el mar negro y tranquilo que nos separa
una grieta que no hace sino crecer
un puente deshecho por el tiempo
que se desmenuza a ojos vista.

Adiós cíclico
eterno
inabarcable en su vacío y dolor.

Adiós.

MADRID PERDIDA PARA SIEMPRE

...

Verano-otoño 2008

Cosas sueltas

No quiero derramarme por ti una vez me llenes.

¡Qué le queda a Madrid salvo su luz, y ésta compite con el smog!

Un poema de amor acabado en 091.

El metro ya no alberga conversaciones y caricias susurradas.

Se trata de follar, sólo de follar, pero todos actúan como si su mierda no oliera.

Un hombre tan encorvado y fofo: un globo cabalgando tijeras.

Sentado en un banco del parque, escribiendo y posando; no cosquilleas la curiosidad de

esa mujer, idiota. Madrid, dos mil ocho. ¡Eres sospechoso!

I

Apagar el despertador,
levantar un telón,
el día rueda violento
entrando en tu abdómen,
afilado como una llama,
perforando un bloque
de callada mantequilla.
Al cesar el sonido
que te arranca del sueño,
la primera luz en la caverna del cráneo
adelanta fotogramas
de los créditos de la jornada.

El día nace y muere
en el instante del golpe arisco
y despeinado,
sobre agujas.

II

Triste y polvorienta,
muerta de estrellas,
la modernidad de los ochenta.
Los primeros noventa,
un barquito de sobredosis y sida;
alguien olvidó su cesta de miseria
adoquinada,
sucia, olvidada.
Sin glamur,
la más brillante sonrisa de la nada,
hedonista y drogada hasta las corvas.

III

Alrededor, arriba y abajo,
dentro.
En la respiración,
en la opresión constante del pecho.
En tus sueños.
Madrid, sombra y presión atmosférica,
Madrid ruido
y miradas tensas
y gestos cortejando el conflicto.
Madrid el humo en la cara.
Ruido de muelas, de deglución,
a dos milímetros del oído.
Barra grasienta de bar,
donde hacer equilibrios
entre vagones atestados,
vestuarios sin ventilar.
Madrid, esquirol en un empleo absurdo,
inútil.
Madrid, las masas energúmenas

incapacitadas para la vida,
sobreadaptadas al odio y la exclusión.
Madrid, roce malintencionado,
desprecio de uno mismo
en el cuerpo de los otros.
Madrid, la forma incierta
convencida de su irrisoria individualidad.
Madrid, la búsqueda sin fruto de sí,
en el camino de aceras asoladas con billetes,
del yo a la masa.
Madrid, el muro de afonías.
Madrid el túnel siembre hacia abajo,
sin resolución ni sumidero.
Madrid, tropezar con metal y barro.
Madrid el grito bostezado
entre dedos que apuntan, semáforos.
«Madrid me mata»,
Madrid la muerte,
Madrid
y su millón de cadáveres entonces,
producidos en cadena.

Madrid murió en la infancia
y habitamos
—nos habitan, arruinándonos—
fantasmas derruidos,
peinados con plástico, neon, asfalto;
espectros que se reclaman Madrid.

¿Será posible huir de Madrid, si Madrid es el
color del mundo que el hombre construye
en su odio de sí?

Mi sudor

Pesado olor a cocido rancio,
orina de gato,
paja, pesebre viejo,
transitada lana.
Aceite de maquinaria decimonónica,
grasa acumulada en catenarias de túneles
apagados.

Traje de algas, botones de lapa,
vaho de puerto en bajamar,
óxido de puerta castigada,
búnker olvidado y sobrecogedor.
Adoquinado de restos equinos,
fondo de cisterna en lengua extraña,
alquitrán fiel.
Torta de chapapote bajo el manto
de una playa,
siempre lista para la caricia sucia.
Horas expresadas en tejidos,
el lienzo del día,
el halo que salta la trinchera
entre lo humano y animal.
Agenda del cuerpo recordado,
y sus conflictos,
y su estar;
firma salada,
autógrafo líquido y acre,
hormonas.
Rúbrica de toxina

dando fe del movimiento,
el esfuerzo vivido.

Mi sudor, esfera de rechazo,
lugar de recogimiento,
espacio sin mentira,
recio y honesto,
un puente áspero,
una prueba sobre entregas sin ambajes.
Sin doblez.
Mi sudor, mi muralla.
Linde cálida,
penetrante marca
de mis modestos dominios.

El mar

A veces se filtra la espuma
en el mercurio del día.
Puede ocurrir,

un cierto regusto salado,
rumor,
asaltando tu lectura en el metro.
Al paso de tus botas
el hormigón de la acera parece clarear
y perder humedad...
arena de playa.
Tu pie,
de pronto descalzo;
horadas baldosas mojadas, cálidas.
El río de asfalto es acallado por gaviotas.
El reseco aire acondicionado
es caricia atlántica, casi sofocante.
El descenso de una escalera mecánica
salta fugaz,
es bordear un acantilado.

El mar...

IV

Madrid, pentagrama del caos
personal y colectivo.
Deambulares, hard bop.
Voces airadas
que crecen en los parterres tricolores
de los semáforos.
Si se pudiera atrapar tu melodía,
agrietada y sin esperanza,
para disolverla en el orden blanco y negro
de los deseos.
Si se consiguiera atrapar
en acordes
la agonía de las fábricas,
el sollozo del asfalto,
la sequía profunda de tus venas.
Su fluyeras así por corazón y yemas...

...no se agitaría aterrador el viaje

V

El amor definido como una red de códigos privados. Semánticas sólo percibidas y matizadas por dos. Rincones ocultos de calles descubiertas. Conversaciones de amor, de dos mecánicos de un aparato único en el mundo.

VI

Hay pocas cosas que consiguen atarte aquí.

Hoy fue la casualidad de un reflejo dorado sobre los tejados.

El roce milimétricamente ajustado de una cadera curva y firme, durante el abordaje de un paso de cebra.

La voz oceánica y nocturna de Tony Bennet enredada complejamente en las cosas simples, a las tres de la tarde en un verano madrileño.

La moto

He vuelto a coger la moto, y ha sido como quedar inválido. Larva blanda sin caparazón, arrastrada por una corriente sucia.

Sin voluntad, intentando aferrarse a la ramita que nos devuelva a la tierra firme de los propios pasos.

VI

Amanecer de acuarela gris, óleo de ceniza, simulacro de estrellas bordeando anguilas de asfalto; desayuno de leviatán moribundo de un cáncer titánico.

VII

En el silencio
se tensan cuerdas,
dispararán notas, flechas.
En el silencio
habita el grito más desgarrado.
En el silencio discurren por su cauce
el rechazo amargo y lento,
cada una de las heridas.
En el silencio la sangre se agolpa,
bate como un tambor.
En el silencio la luz hace un nido.

VIII

Se acerca una tormenta.
se está formando un tsunami,
crecen grietas en la presa, enredaderas.
El ambiente, turbado;

el oxígeno, retorcido.
Electricidad,
trazando perversas runas
que reverberan en la penumbra.
Muescas en la senda de la violencia.
La huida comienza,
ayes y terror palpitantes,
sus fosas nasales laten.
Se acerca la tormenta
urdida en siglos,
se acerca.

IX

Fragilidad capaz de atravesar
sin descanso
medio planeta.
Máquinas ligeras
trazando ensayos de perfección
en el cielo.

X

La abstracción pura es la pura nada,
el puro miedo de tocar la tierra.
De vacío en vacío hasta la hora del recreo.
Pero salir al patio es morir.

XI

El año es un tablero de parchís, o de oca, casilla a casilla. El verano es la curva angulada del recorrido, con sus tonos ocres que huelen a mar, aunque no pises la espuma. Es verano es la costa y el sexo, y huida inútil del otoño, hundiéndose sin conciencia en las semillas del invierno.

XII

Quise regalarme,
y me escapé dos horas antes del curso del paro.
Paseé, me senté y leí,
pensé y escribí hasta avergonzarme.
Un presente del verano:
¡sigo estando aquí, bastardos!

XIII

Madrid es una ciudad
espía y rota.
Retazos de carne se amasan,
voluntariosos,
en la salsa de su sudor,
en el subsuelo,
en los ascensores,
en el reloj de fichar
y en las colas de los supermercados.

Retales de cuerpos,
animados por el flujo de capitales.
Un día mueren,
en un proceso
mesurado por estudios de mercadotecnia;
mueren y eso es todo.
Al morir,
quizá esperan algún agradecimiento.
Idiotas: los tornillos se fabrican,
usan,
gastan
y sustituyen,
sin ceremonias ni honor.

XIV

Le encanta
cuando en la mañana fría
el tren traza una curva
(si bien repetida, todavía inesperada)

y el sol abofetea levemente sus ojos.
Entonces entorna los párpados,
casi ronronea,
cierra el libro unos instantes.

GOTEMBURGO

Septiembre 2009

En el primer día

Felicidad.
Cerrar los ojos
sentir el ronroneo del ferry en la sien.
El aire golpea, nórdico y suave.
Hay rocas como basílicas,
que emergen en un mar gris
y de viento.
La tarde es mañana o madrugada.
Todo es perfecto
y se viste de siesta y sueño.

Paradas de bus

Ciudad hueca en sus calles.
Pulsando tras grandes vidrios
un ajedrez de fueguecitos
casi maternales que prometen,
engañando,

bienvenidas.
Aquí el asfalto parece madera.
Las noches, y no lo creeréis,
las noches suenan a lluvia en el bosque.
Llegan hasta la parada de bus
(nido
vacío de gorjeos laborales)
ecos y risas; una fiesta
quizá
no muy lejana.
Voces de alegría femenina
traen
flotando consigo secretos
de cuerpos que no despertarán
enlazados.
Llevas contigo libros de amigo.
Son llaves, billetes, vendas,
lentes de aumento
capaces de desgranar el tiempo.
Gruñidos de motor que jamás se
materializan.

Anhelos ocultos
en horarios de bus de factura impecable,
escandinava.
La noche es tibia y humedad
y viene del pasado.
Revisas el cuentamiradas;
en el día han sido demasiadas
y todas muy lejos.
Desde montañas más al Norte,
desde el otro lado de un andén,
desde el otoño de hace diez años.
El único lugar seco e iluminado
—no vale el pecho
ni las páginas de nadie—
es esta aséptica marquesina,
que en una madrugada precipitada
nadie quiere usar.
Para orinar,
esconder besos,
roces esparcidos desde agosto.
Hay un reflejo en el vidrio;

no eres tú ni lo que esperas.
Llega con un carraspeo el autobús
y alguien baja,
ves alejarse un par de zapatos,
clop, clop,
sobre la acera mojada,
siguiendo la simetría agnóstica
que dicta la partitura de los charcos.
Has venido hasta el norte del mundo
buscando el frío…
pero el frío nos acompaña y a veces
nos alimenta.
No es verano lo que hace arder el estómago,
es su ausencia lo que puede hundirte.
Cuidado, noviembre acecha
en los somnolientos parques de esta ciudad,
que huele a roca amamantada de mar.
Cuidado, el pulso tiembla cuando rozas la
palabra
equivocada; exacto, eso es, sí: la más
acertada,

la más hundida en ti.
Podrían recorrerte, ciudad, de parada de bus
en parada de bus, aceptando estos refugios
de tu epidermis,
fórmula improvisada para que no duelas
tanto.
Sabes que hay una combinación de esas
paradas,
que bien ejecutada abrirá la mirada menos
conveniente,
más deseada, perfecta en su dolor.
Sábanas usadas con olor a frontera,
café humeante
(faro caprichoso),
conversaciones culpables con expresión de
niño
tras un truco de magia.
Has de marchar (porque amanecer
en la vida equivocada
puede hundir este archipiélago),
levantar nieblas que lo aturdan en el gris.

Has de partir, robarle dos tercios de noche,
algo de lluvia y tres galletas de canela.
Robarle aquella —una— promesa y dejar
que el resto de la vida sea el muérdago
en el ramaje compartido.
En la calle
noche siempre
aún vierte el cielo
pedazos de luna y nube
un espejo fragmentado en la acera,
una puerta que ni trescientos espartanos
    podrán cerrar
un cuento escrito con lenguas de niebla
besos bajo un abedul
caricias de tierra húmeda
con sabor a Norte.
Aún has de seguir arañando el tiempo hoy;
todavía te restan fuerzas
para que esta noche sea desnuda en su filo.

Archipiélago

Brotan figuras, preguntas bajo los árboles.
Surgen rostros de hoja de arce;
la calle se inclina,
la noche resbala por ella,
el líquen escoge una bicicleta
para cruzar el fiordo.
Asambleas de cormoranes
descansan en islotes
donde la vida es en miniatura.
Los ferrys dormitan
con el vientre cálido de capuchino
y pasteles de gengibre.
¿Puede ser que todo esté
tan lejos
que ya no temas el lenguaje
de las medusas?
¿Que el agua
tan al norte del mundo
te acaricie

sin cuchillos?
¿Que conversaciones
que no entiendes
sean parte de un paisaje
y no de un problema?
¿Que las heridas que sangran
sean motivo de recuerdos
y sonrisas?
La flora extraterrestre
que antes se mecía líquida
y amenazante
desde su submundo
hoy ha optado por abrigarte,
ayudarte a conversar con el hielo.
«Te acogeré
hasta que me comprendas»,
susurra una ola negra.
El brezo ha construido
sobre ti una cúpula:
«Vuelve al tiempo
cuando corrías tras

reservas de proteínas».
Has abrazado una piedra
y algo eterno pulsó soliviantando
tu piel mojada y dura.
El horizonte sólo tuvo que desnudarse
y ya lo supiste:
aquí es siempre gris.
El verde es gris cuando
encuentras la llave
y entras.
Y el gris es al final, al final del todo,
más allá del colofón de la imprenta,
más allá de la cadena de distribución,
la venta,
la devolución,
el guillotinado y la donación.
El gris es verde, siempre lo ha sido.
La noche naranja y negra de Gotemburgo
también es verde.

Paseo

Raíces húmedas,
jazz en lugares bajo tierra.
Vida apagada a las seis
de la tarde.
El agua lame en olas sucesivas
las calles en pendiente atlética,
los matemáticos recovecos
donde pasos no vistos
resuenan desde siempre.

Lo que nunca ocurre

Aura de piel, cereal y primigenia,
miradas añiles y mimbres de avena;
corre, esbozo de contorno a carboncillo,
bajo pasillos de abedules,
abetos, hayas.
...

Irredento deseo de caer a tierra,
apretando el rostro, todavía cálido,
contra el algodón de humus
fresco de rocío sin calendario.
No llega el sol a esos bosques
dejándose caer.
Prefiere correr por ellos lanzando miradas
difíciles.
...
Cazar una conversación en la madera
esponjada
de un lugar asumido pero secreto como la
savia...
el sueño de la perfección cotidiana.

Lugares de recreo

La veta de mármol traza rutas arcanas:
espirales, líneas vertebradas en cartílago
de ballenas titánicas y hundidas

en el pleistoceno.
El tiempo se ha congelado,
con olor a brea y arenque,
bajo los muros de la ciudad.
Cimientos de haya, troneras de sol tímido,
grandes espejos, puentes al sur.
Tacones
trazando el esquema de lo posible.
Nenúfares almidonando lagos,
nutridos de raíces de matriz oscura.
Abrir los ojos, escuchar a las ocas;
una garza se balancea suspendida de un
silbido,
es el péndulo de un instante perdido
guardado en el correr sanguíneo
siempre dentro.
Bajo el dintel del agua, el frío;
sobre la bóveda de junco, aire anudando
pestañas.
Con la enea tropiezan escaleras de pasos
torpes.

El día es un peine que riza el cristal,
las palabras son periodistas estúpidos,
repitiendo desinformados
el dictado de una sombra
fallecida de inanición.

Huida

Querer más acecha tras cada despegue,
cada aterrizaje.
Graba runas del descontento más férreo.
Los neones de las urbes del Norte
no sacian las melodías intuídas en el Sur.
Viajarás siempre porque Dios no existe
y porque esta ciudad puede llegar a existir
demasiado,
existir con amor que asfixia.

Instante detenido

Huele a helecho y a brezo y adiós.
Aspiras el rastro vítreo y notarial de babosas
errantes.
Las fibras de olor a serpiente encogida
a la espera de un sol huido hace meses.
El musgo adormece la boca,
un arañazo en equilibrio abre ciénagas,
tablones,
concursos de hípica.
Pinceladas de verde roble,
brotar espumoso de latencia arcaica.
Una capa de vaho celeste,
muelle andar en nubes de acículas
adormecidas.
La tierra es el asfalto.

Alrededor, desolado

Furia hardcore
en la misma oscuridad impermeable
donde titila un ride que recita a Coltrane.
Las luces en todas partes,
las muescas de naranja
en las que los pinos nos escriben misivas de
padre
desde sus cortezas.
Un cielo que acaricia huidas a contrapelo,
copas, antenas, barcos,
ferrys escribiendo poemas demasiado tristes,
demasiado ahora,
aún pronto,
siempre repetidos,
jamás domados.

Noche y apartamento

Voces en idiomas suaves
inscritos en obleas de abeto.

Voces en escaleras demasiado circulares,
voces, gemidos de herrumbre
en barcos varados sobre playas de grava.

Praderas anegadas aguardan el sonido de
una fídula cuya red pueda engatusar a las
    voces que
hoy resuenan en el lento espasmo comatoso
    de
edificios descascarillados.

Voces al otro lado de la puerta —el café
ya silbó, no quiere tazas amables—,
y la puerta al otro lado del tibio resplandor.

No hay voces en tu entrepierna.

Todas arden tras tus ojos de bruma.

Un enorme ventanal bosteza y gruñe
tranquilo,
vibra con ecos de fragor de costa,
encierra en su transparencia máquinas
de vapor,
viajes elididos en un parpadeo,
una madrugalba compartida.
Lluvia de través, lateral, cruzada;
lluvia afilada tejiendo suéters a los canales,
a las muchachas rubias,
al olor esparcido de cafés fuera de lugar,
fuera de su borde, fuera del susurro
que debería posarse en esta tierra.

Cíclopes habitados de pequeñas pantallas.
Entre la tarde y la madrugada
ha de haber un mundo en secreto,
un lugar para jugar al escondite con las
horas,

un lugar iniciático vedado al recién llegado.

Hay entrenamientos de fùtbol
y siluetas desenfocadas que trepan por la calle
con las últimas compras;
hay besos apresurados entre el teclear de un móvil.

Ves todo eso y comprendes, intuyes, la trampa.

Palpas las pinceladas oleosas del disfraz
y las grapas en tensión acotando el lienzo.
Escuchas con atención por las rendijas,
acaricias las jambas, la puerta.

No será esta vez que el viaje se invierta.

Asideros

¿Cuántos disparos hoy?
¿Cuántos gritos y gestos lanzados?
¿Cuántos señuelos corroídos en segundos?
Cuántas esperas en el infinito
saltando sobre grietas sin fondo, de reloj.

Sin la voz no hay nubes.
Sin las afinidades apenas descubiertas,
ni los lugares velados de algunos tejidos
o el tacto intenso de un viento exacto.

Sin...
no hay diario, no hay café ni tostadas
ni largas conversaciones de e-mails en enero.
No hay vacío sobre el que Sisifo pueda
    ejecutar
su salto maestro en la modernidad.

Ciento ochenta grados

Lo oyes en las calles
en los parques mojados
y saltando de farola en farola.
No hay lluvia amable
que venga con su manto de lejanías
a rescatarte
del fondo de esta ría caliza.
El ocre de otoño cíclico
es una frase amistosa,
apenas un entreabrir de labios
o el giro de la aguja inconclusa
del minutero.
Has de volver;
esta vez con músculos ateridos
y nuevos trazos de polvo
que entorpezcan tus pasos.
En el regreso está el triunfo
y el desgaste de la cometa.

Ciclo de estío

Lejos de las autopistas
hay charcas negras que ocultan tumbas
para el invierno.
El otoño nace difunto y a veces.
En ocasiones se filtra entre nubes.

El verano prefiere hacer collares,
ensartar frutos del bosque,
piñas viejas de abeto,
bellotas ya visitadas.

El verano estuvo aquí.
Alguien ha entrado en el fango
armado con sandalias,
los niños ríen
empuñando helados imposibles de fruta lejana.

El verano llegó hasta esta ventana
frente a tu apartamento;

escogió el fregadero donde ella lavaba
un par de vasos (acrópolis de la noche)
y se sumió en las cañerías.
Un escarabajo cartografió su huida.
El trazado de su ruta ha venido
a decorar, con su aroma de pino
    irresponsable,
estas paredes de madera pintada
que te separan de cien montes, mariposas,
tarros de miel.

La realidad

No lanzarás malas canciones.
No dirás qué impresionista
plagiaba a sus colegas franceses.
Pasarás por delante de polígonos industriales
portando una venda de arándanos sobre los
    ojos.
Al balbuceo de un yonqui responderás

con un giro de aspas de molino.
Al disfraz adolescente que acota Occidente
superpondrás estructuras óseas y
envolturas de leche áurea.
No has venido a cortarte con el hielo
ni a incubar insectos bajo la piel.
En esta fuga ningún barrote puede borrar
esquemas sobre servilletas oportunas.
Un banco resignado de traviesas húmedas
es una isla para quien huye,
siquiera de forma inocua.
En las escaleras de los monumentos,
piezas de puzzle multicolor,
planos para una rutina duplicada,
brazos llenos de recuerdos de mala calidad.
Al final del día hay suelas desgastadas
en la ascensión de leviatanes
de cronografía prehistórica.
El pantalón es un pañuelo usado.
La camisa te sobra, te falta, te sobra, te delata,
te eleva, te manda a la cama.

Hay olas queriendo romper al pie de tu lecho.
El ascensor del bloque cruza a veces un
embarcadero
donde las lapas sueñan naufragios,
puerto en cuyo fondo duermen enormes
tornillos de coral,
en cuya superficie las plumas navegan
aventureras.
Una uve de ánades rasga la pupila
y abre la pared de tu cautela.
Te derramas sobre un bosque
encharcado de abedules,
lejos de los tranvías.
Hundes tu dedos-clavo en la esponja de
líquen;
la piedra respira debajo
y con su eterno perfil de luna
opta por no ayudarte a flotar.
No esperes un brillo de oro donde bailan las
algas.
No hay una broma privada

ni balanzas de vaho
ocultándose en el periódico arrugado
que viaja gratis en el último asiento del bus.
No hay sonrisas en el cieno del canal.
Al final de las cubetas de vinilos viejos
que ocuparon demasiado tiempo y espacio
no espera aquella grabación de jazz
que antes de tu nacimiento te dejara
un mensaje críptico.

Despierta

Han pasado las horas con esa calma fugaz que a veces se pinta los labios y otras prefiere el sonido de pedales oxidados.

Han pasado los días y la Edad del Hierro ha amenazado con tectónico bostezo la estabilidad aparente de las autopistas y puentes levadizos.

Han pasado las semanas y sólo el otoño bajo las rocas de Gotemburgo ha podido insinuar que el verano se fue en la madrugada de ayer, tras cuatro acordes de séptima aumentada.

Abrazo de septiembre

Islas de granito trazan golpes de mazo sobre las arrugas de un mar escandinavo.

Los bosques arraciman sus cabellos en círculos pétreos expuestos a ser descritos.

El fluir del viento y su color entre troncos se ven asediados cada vez que los miras.

Cuando lo nombras o marcas con tu pluma al rojo, en alguna parte una esquirla de eternidad se eleva bruscamente de su hibernación y bosteza una pregunta que deseca para siempre su piel.

Un paso aquí es una lanza.

Hablar aquí es germinar mal, acero.

Si osas soñar sobre este lugar, lo perderás licuado en el horizonte de tu próximo viaje inútil.

Si intentas capturarlo, sólo te golpearás el rostro con polvo de un mal libro.

Simplemente, calla; sé mineral, desnúdate en la tarde y desaparece.

No vuelvas.

Librerías en ciudades suecas

Libros burlones en idiomas inaprensibles,
ejércitos socarrones aguardando en estantes
para que tus ojos indefensos y sin luz
acaricien
tesoros de la prehistoria
y sólo adviertan un montón de piedras
cubierto de óxido.
Libros calientapollas
libros hijoputas del primer mundo.

Algo que hacer

Una senda sin marcar, una casa de letras por levantar, bosque donde la noche salta de sombra en sombra.

Huecos entre cárcavas donde hundirse.

Enebros que rasgan la mano en el intento torpe de no caer.

Un edificio de flan, dulce, delicioso, punible, fungible, comestible.

En las ramas de los versos podremos encontrar una muerte épica, de soldado en el corazón de Europa, arropado por campos iluminados de centeno.

Morir empuñando un libro y disparando una última metáfora.

Tiembla Numancia.

Después de Gotemburgo

Octubre 2009-Marzo 2010

I

Si el mundo insiste en irse a la mierda
no seré yo quien
le estorbe en su carrera.

II

Es espeso el velo de araña
que a las madrugadas
acude, cruel, ocupando
espacios entre el mundo y tú.

En una hora se esbozan hasta diez abandonos.
En la noche, las horas son
viejas películas de tomavistas.

Todo se construye desde el miedo
y la indiferencia.

Estás jodido
en un mundo jodido.

El grano de lo intuido
equilibra lo percibido finalmente.

Tu puño golpea la pared
y es tu vientre el que se amorata.

III

Has grabado en la arena del camino una
muesca.
Su significado es la lámpara de un minero,
o el sextante de quien navega en dunas.

Resuenan en este valle fragores apagados,
deflagraciones de mar y nube.

Calzada con piel de semanas cazadas a mano

con frágil ramita de pino estructuras
un tiempo incómodo de tallar.

Solo la piedra, duramadre bajo el humus,
abre la puerta correcta y suave.

Necesidad de ver cómo la cruzas
y te pierdes en vapor y añil.

IV

Cáete, hijo de puta borracho,
come las cenizas abiertas de lo que pudo ser.
Húndete de modo absoluto en la curva
de este silencio,
que abandona secretos de alga
en el vientre.

En el mundo que gira, la llama es aguja
y Norte –equívoco siempre— , búsqueda.

No harás daño ni soñarás el brote del tiempo.
Retírate al sueño ideal,
no te atrevas a respirar aromas
en las aguas de un herida futura.

V

Chet is gone.
Con él se fueron
caricias, de tan livianas, yemas de arcilla
y el nodo absurdo
donde se cruzaban miradas
y a veces la mirabas a los ojos.

El papel se repite.

Es cristal.

VI

Decir «no quiero molestar»
es preguntar si no hay espacio para ti.

Amontonar agendas laborales,
besos a terceros,
ladrillos rotos
y llamadas en la madrugada,
fuera de temporada.

Sumar esas hojas secas
a modo de barricada.
es declarar en gris
en semáforos rojos,
que ya no puedes vestir
la epidermis que quisiste explorar.

Órbitas terrestres,
desviadas ligeramente,
condenadas al viaje.

VII

Bajo esta nube
tu enésima despedida.
El viaje es hoy el fracaso.

El adiós, tumba de marinero
sin mar,
sin espuma.
No hay gaviotas jalonando
el desfile de peticiones quebradas.

Melodía de eses y vapor
en la ladera de robles.
Luz de abril en las esquinas
de octubre,
los pasos sordos de noviembre.

Recoges en vasijas rotas de tiempo
restos de desidias resignadas.

Los días han fluido
entre el desencuentro de mañanas
y madrugadas.
No hay más ruta secreta
entre vuestras voces.

VIII

Puedes verlo, sentirlo, heredarlo.
Un dolor gris, metálico en comercios,
y oficinas bancarias.

Cómodos plazos para el olvido
la indolencia de una necrosis anestesiada,
ribeteada de habituales suspiros,
en fechas monótonas y asumidas.

Apenas ocho centímetros de metal
calando cerca del alma y sus remaches,
drenando lloviznas en libros estivales.

No irrumpirá viento omnipotente alguno
enarbolando dialécticos macizos glaciares.
Ni funcionará magia alguna
de los viejos volúmenes susurrados bajo
las hojas.

Sólo en la venas que puedas palpar
se arremolinan nebulosas y plasmas,
gestando lentes y catalejos,
herramientas y silbidos,
y dulce sexo amable
y desconocido.

IX

No cierres puertas
que el viento pueda abrir.
Apostar dudas al color de las cerezas
no basta para superar el hueco de la luna.

No hay distancia en el calendario,
no hay palabras en la faz del monte.
En el crepúsculo no resta
raíz de duda ni falta de certeza.

X

Estrechas estos lazos de cronómetro
como tantos otros,
compartes otras noches tejidas en deámbulos
como con tantos otros,
y llegas a abrigarte en él como en tantos otros.

Y asustado, decide
arrojarse al mar;
quien te acompañaba
en tal frágil balsa de nadas,
no era él,
sino uno de tantos otros.

XI

La duda ya no apuntala,
¡ni tiende puentes!
Las grutas carecen de encanto.
Han huido de ellas los bisontes
y los rescoldos, alumbrados
de historia.

El goteo de la estalactita carece de tempo,
y no encuentra lugar en el tiempo.

Esta tristeza que apagaba las manos
se fue sin diplomacia con
su útero de roca.

Un día no afloraron lágrimas
en las cuencas de los valles.

Una inercia toma, sin abrir fuego,
el lugar de la acción y los besos sin candado.

Se baila, sí;
una batuta de índices segados
traza arcanos de mercadillo,
planos arquitectónicos de lo nimio,
de lo perdurable en su espejo de cal.

No hay ráfagas de bop
uniendo la noche y el día.
Si alguien supiera dónde refugiar las
sombras…
las nubes tendrían sentido de nuevo.

XII

Optaste por no esconder tus ojeras
pero apartaste tu rostro al disparo de un beso.

Negaste el frío cuando labró tus manos de
taiga.

Fuiste rígida columna,
brotaste cariátide en Madrid
ante la acometida cálida de una ola
inadvertida y súbita.

Y ofreciste mil coitos de método
mientras negabas el mar de un mero instante
de certezas.

XIII

Te cansaste de medio clavar las horas,
de evitar aristas casuales,
de tejer preguntas desconfiadas.

Te cansaste de listas
donde tu nombre parecía un número,
y de hacer de chófer de la luna
y el insomnio.

Te cansaste de no curar pequeñas heridas
y preferir el algodón a caminar descalzo.

Te cansaste de retrasar la partida
que tan clara se anunció semanas atrás.

XIV

Explórame el alma
por debajo del ombligo.

XV

A veces el pulso del día son tambores de guerra.

Timbales de remero a ritmo de ariete; y antes de poder cazar la noche ya ha amanecido de

nuevo, y tras los ojos hay un abismo angustioso que establece distancias entre tus dedos y tú.

Y son momentos en los que ninguna droga puede golpear con tanta fuerza como el lloro ahogado que es abortado al roce con la realidad.

La infinitud es algo infinitamente insoportable y abrupto.

La noche que va siendo día, el miedo azul, el polvo de límites imprecisos hacia un orgasmo en duermevela, el frío y las gotas condensadas que son los embajadores de una nueva jornada, marcial, insomne.

Ceremonias, funciones, actos, defunciones.

XVI

Desde que te conozco no he vuelto a dejarme el móvil olvidado.

XVII

No hay chicas en el metro a media mañana

XVII

Me he dado cuenta de que no salgo a la calle mucho y de que veo demasiadas pelis antiguas: todos los coches me parecen de un futuro de ciencia ficción.

XIX

Mirar a lo lejos me produce jaqueca.

SINDICATO

Octubre 2011

I

Un poemario con nombre de factura,
un verso capturado en la hoja de contabilidad,
en el salto del salmón sobre la cascada.
Una existencia de gnomo contrahecho
picando la veta de roca en lo profundo.

II

Llega el momento en el que asumir irracionalmente aquella conclusión a la que se llegó de la manera más racional (olvidando el viaje) es la postura más cómoda y práctica.

III

Morir de sobras,
de sobrar,

de vacío
de esta nada de esponja prestada,
testaruda.
Perder la vida en un concurso de televisión.
El aburrimiento es un disparo.

IV

La tristeza de un centro comercial en
Navidades.
Cielos de gasolina, iridisados, oleosos.

V

Sobrevivimos a nuestros dientes, a nuestros
cuerpos.
Conducimos el cadáver de nuestro organismo,
profanándolo más allá de su tiempo.
Lo llamamos progreso.

Ahogamos nuestras grietas en barbitúricos,
huyendo en pantallas donde robamos coches
y atropellamos prostitutas:
una hora antes fuimos acero medieval
clavado en un dragón.
Nórdico invierno pixelado en la sobremesa de
agosto en Alcorcón.

VI

Nadas y haceres nimios
son marcas de cabotaje,
glifos en la vía de escalada.

VII

Compañeras de escuela que cruzan el tiempo
y se presentan presidiendo una mesa electoral,
con sus arrugas.

VIII

Sólo quieres consumir la vida de otra gente,
historias prefabricadas mejores que
    amanecer.
Prefieres continuar la partida en el GTA
que arriesgarte en un beso.
Porque no está nada claro
-nada-
qué es lo real.

IX

La noche de un martes
en diciembre.
Un martes de polígono industrial
y charcos de temporada.

X

Ser un percebe,
agarrado con nubes
a la roca.
Garfios de sueño
mis dedos.
Embate titánico
de las olas de calendario.

La aritmética exacta de la historia.

XI

Llevar el ser al punto de riesgo
donde el motor de sus actos se nutre de sus instintos.
La inmediatez básica como sublimación
del afán de trascendencia y garantía de supervivencia.

Este libro entró en imprenta
el veinticuatro de junio
de dos mil dieciséis
en los talleres de
Printhaus
en Bilbao

(mientras los mass media nos aseguraban que había un cambio en marcha)

REFLECTOR
UNA EDITORIAL PRECARIA Y SUBTERRÁNEA
librosreflector.blogspot.com.es

TÍTULOS PUBLICADOS

HACER QUE EL RUIDO SEA MARAVILLOSO DE NUEVO
Pablo Fernández

DONKER
Albertina Castaño

LA LECTURA ES UN PROCESO DE ENVEJECIMIENTO
Canciones [2005-2016]
Dani Jiménez

CALENDARIOS
David San Martín

Calendarios es una colección de poemarios escritos en diversos momentos entre 1998 y 2011. Unos más largos, otros más breves, casi siempre asociados a épocas de hiperactividad bioquímica y largos ratos pasados en el transporte público, en esperas callejeras.
No entran dentro de esta compilación un par de ellos que sí vieron la luz en imprenta (*La calma*) o en fotocopia (*De mudanza*) y se movieron en los subterráneos de la distribución alternativa entre el 99 y el 2002.

David San Martín escribe, compone, diseña, maqueta, graba, edita y distribuye (con conciencia de hacerlo y de por qué hacerlo) artefactos culturales desde 1991, en solitario, en bandas, en editoriales, en colectivos, en sindicatos, en sellos de música.
No lo hace especialmente bien.
Es una de esas personas que sabe que no cotizará lo suficiente para cobrar una pensión porque bajo un sistema capitalista es imprescindible un ejército de reserva de parad@s.

REFLECTOR